

En Lyon encontré a mi amigo el señor Ballanche. Fui testigo de la renaciente festividad del Corpus: me creía con derecho a aquellos ramilletes de flores, a aquella alegría del cielo que la tierra había respetado.

Continué mi camino; hallaba en todas partes una cordial acogida; mi nombre se hallaba mezclado al restablecimiento de los altares. El placer más intenso que he experimentado es el de haber sido honrado en Francia y en el extranjero con las muestras de un interés como el que me profesaban. Me sucedía alguna vez, en tanto que descansaba en alguna posada de un pueblo, ver entrar a un padre y a una madre con su hijo; me llevaban aquel hijo, decían, para que me diese gracias. ¿Era amor propio el placer que entonces experimentaba? ¿Qué importaba a mi vanidad el que obscuras y honradas gentes me demostrasen su satisfacción en un camino real, en un sitio en que nadie los oía? Lo que me enternecía, a lo menos así me atrevo a creerlo, era el haber hecho algún bien, el haber consolado a algunos afligidos y hecho renacer en el fondo de las entrañas de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano; esto es, un hijo obediente, respetuoso y amante de su familia. ¿Hubiera experimentado esta satisfacción pura si hubiese escrito una obra en que se hubieran menoscabado las costumbres y la religión?

Después de pasar Chambery, se presenta la corriente del Isère. En medio de los caminos y en los valles se ven cruces y madonas en los troncos de los árboles. Las pequeñas iglesias, rodeadas de arboleda, forman un hermoso contraste con las elevadas montañas. Cuando los torbellinos del invierno descienden de aquellas cimas cubiertas de témpanos de hielo, el saboyano se pone a cubierto en su templo campestre, y reza.

Los valles que se recorren bajo Montmélian están bordeados por montes de variadas formas, ya desnudos o revestidos de espesas selvas.

Aiguebelle parece terminar los Alpes; pero al volver una roca aislada caída en el camino, se descubren nuevos valles, que siguen el curso del Arche.

Los montes se elevan a los lados del río; sus flancos se van haciendo cada vez más perpendiculares; sus crestas estériles empiezan a presentarse cubiertas de nieve; precipitándose desde ellas los torrentes que van a engrosar el Arche. En

medio de este tumulto de las aguas se nota una pequeña cascada que se desliza con una gracia infinita bajo un toldo de sauces.

Habiendo atravesado por Saint-Jean-de-Maurienne y llegado a Saint-Michel a la puesta del sol, no pude hallar caballos: viéndome precisado a detenerme, salí a dar una vuelta por fuera del pueblo. La atmósfera se presentaba transparente en las cimas de las montañas; sus picos se dibujaban con una limpieza asombrosa, en tanto que una densa obscuridad, partiendo de sus pies, se elevaba hacia las cumbres. Un castillo, obra de los cartagineses, según tradición popular, presentábase sobre las obras exteriores cortadas a pico.

Partí a la salida del sol, y llegué a los dos a Lans-le-Bourg, al pie de Mont-Cenis. Al entrar en el pueblo vi un hombre que tenía cogido un aguilucho por las patas; la gente maltrataba al joven rey insultando la debilidad de la edad y la majestad caída: el padre y la madre del noble huérfano habían sido muertos; me propusieron que lo comprara; después murió de resultas de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir antes de mi llegada. Me acordé entonces del desgraciado niño Luis XVII; hoy pienso en Enrique V. ¡Qué rapidez de caída y de desgracia!

En este punto se comienza a subir el Mont-Cenis, y se deja el pequeño río Arche, que conduce al pie de la montaña. Al otro lado de Mont-Cenis el Doira os abre las puertas de Italia. Los ríos no solamente son grandes caminos que andan, como los llama Pascal, sino que, además, trazan el camino a los hombres.

Cuando me vi por la vez primera en la cima de los Alpes, se apoderó de mí una emoción extraña; hallábame como la alondra, que cruzaba, al mismo tiempo que yo, la helada plataforma, y que después de entonar su canción en la llanura se arrojaba sobre la nieve en vez de bajar sobre las mieses. Las estancias que me inspiraron estas montañas en 1822 describen bastante bien los sentimientos que me agitaban en los mismos lugares en 1803.

«¡Alpes, vosotros no habéis experimentado el poder de mis destinos! El tiempo nada puede contra vosotros; vuestras frentes soportaron insensiblemente los años que pesan sobre la mía.

»Cuando por vez primera, anhelante de esperanzas atravesaba vuestras cimas,

ante mis ojos se abría un porvenir inmenso como el horizonte.»

¡Italia estaba a mis pies, y delante de mí el mundo!

¿He penetrado yo verdaderamente en ese mundo? Cristóbal Colón tuvo una aparición, que le presentaba, antes de descubrirla, la tierra de sus sueños. Vasco de Gama encontró en su camino el gigante de las tempestades: ¿cuál de esos dos grandes hombres me ha profetizado mi porvenir? Yo hubiera deseado, sobre todo, una vida llena de gloria por sus resultados y obscura por su destino. ¿Sabéis cuáles son las primeras cenizas europeas que reposan en América? Son las del escandinavo Biorn; murió al llegar a Winland, y fué enterrado por sus compañeros sobre un promontorio. ¿Quién tiene noticia de esto? ¿Quién conoce a aquel cuya vela se anticipó al navío del piloto genovés en el Nuevo Mundo? Biorn duerme sobre la cima de un ignorado cabo desde hace mil años, y su nombre no nos ha sido transmitido sino por los cantos de los bardos en un idioma que ya no se habla.

los antiguos bárbaros, sus antepasados, a sus mujeres: «Yo, Fotrad, hijo de Eupert, de la raza de los francos, te doy a ti, Helgine, mi esposa querida, en obsequio a tu belleza (*in honore pulchritudinis tuæ*), mi habitación en el barrio de los Pinos.»

Nosotros somos enemigos muy singulares: al pronto se nos encuentra un poco insolentes, demasiado alegres, bastante inquietos; pero apenas hemos vuelto la espalda, cuando ya se nos echa de menos. El soldado francés, activo, inteligente, espiritual, interviene en los quehaceres del patrón, en cuya casa está alojado, saca agua del pozo, como Moisés por las hijas de Madián, conduce los ganados al redil, corta leña, cuida de la lumbre y de la comida, pasea al niño en sus brazos o le duerme en la cuna. Su buen humor y su actividad dan vida a todo; se acostumbran a considerarlo como de la familia. Pero, apenas se deja oír el tambor, cuando corre por sus armas, deja a las hijas de su patrón, que lloran su partida, y deja la habitación, en la que no vuelve a pensar hasta que se halla en los Inválidos.

DE MONT-CENIS A ROMA. — MILÁN Y ROMA. — PALACIO DEL CARDENAL FESCH. — MIS OCUPACIONES. — AÑO DE MI VIDA 1803. — MANUSCRITO DE LA SEÑORA DE BEAUMONT. — CARTAS DE LA SEÑORA DE CAUD.

Empecé mis expediciones en sentido inverso al de los demás viajeros: las antiguas selvas de América se habían ofrecido a mis ojos antes que las antiguas ciudades de Europa, en el momento en que éstas se rejuvenecían y morían a la vez en medio de una revolución nueva. Milán estaba ocupado por nuestras tropas: acababan de tomar el castillo, testigo de las guerras de la Edad Media.

El ejército francés acampaba en las llanuras de Lombardia. Custodiados de trecho en trecho por sus camaradas colocados de centinela, estos extranjeros de la Galia, cubiertos con la gorra de cuartel, y llevando su sable a guisa de hoz, por bajo de su chupa redonda, parecían segadores activos y alegres. Traslataban las piedras, rodaban los cañones, conducían carretillas, y construían cobertizos y barracas de follaje. Los italianos vendían frutas en el mercado de esta feria armada: unos soldados les regalaban sus pipas y sus eslabones, diciendo como

A mi paso por Milán, un pueblo inmenso, al despertar, abría por un instante los ojos. Italia salía de su letargo, y se acordaba de su genio como de un sueño divino, útil a nuestro país renaciente: llevaba a la mezquindad de nuestra pobreza la grandeza de su naturaleza trasalpina, acostumbrada como estaba esta Ausonia a las obras maestras de las artes y a las altas reminiscencias de una patria famosa. Austria volvió a tender su manto de plomo sobre los italianos, y les obligó a volver a encerrarse en sus tumbas. Roma volvió a ocultarse en sus ruinas, y Venecia en su mar. Venecia se doblegó embelleciendo el cielo con su última sonrisa y reclinóse encantadora sobre sus olas como un astro que no debe alzarse jamás.

El general Murat mandaba en Milán. Tenía yo para él una carta de la señora Bacciochi. Pasé el día con sus ayudantes de campo, que no se hallaban tan exhaustos como mis camaradas delante de Thionville. La cortesía francesa aparecía bajo las armas, mostrando que era la misma cortesía del tiempo de Lautrec.

Comí de gran etiqueta el 23 de junio en casa del señor de Melzi, con motivo del bautismo de un hijo de Murat. El señor de Melzi había conocido a mi hermano; los modales del vicepresidente de la re-

»Nadie puede quejarse de la naturaleza, con más razón que yo; rehusándome todo, me ha dado el sentimiento de todo lo que me hace falta. Bien sé que la alegría y la felicidad son, por lo regular, compañeras de esa medianía de que me quejo tan amargamente; pero, al negarme el don de las ilusiones, la naturaleza me ha proporcionado un suplicio con ella. Me pareceo a un ser caído, que no puede olvidar lo que ha perdido, y que no tiene fuerzas suficientes para reconquistarlo. Esta carencia absoluta de ilusiones forma mi desgracia de mil maneras. Yo me juzgo como pudiera juzgarme un indiferente, y veo a mis amigos como son. En mí no existe otra cosa que una extremada bondad, que no tiene la actividad suficiente para ser apreciada, ni para ser de verdadera utilidad, y que está desvirtuada enteramente por la impaciencia de mi carácter; ésta me hace sufrir tanto más por las desgracias ajenas, cuanto que me quita los medios de poder repararlas. Sin embargo, a ella debo los pocos goces que he tenido en mi vida; a ella debo, sobre todo, el no conocer la envidia, inseparable compañera de una medianía sin conformidad.»

Mont-Dore.

«Había formado el proyecto de entrar en algunos detalles relativos a mí; pero el fastidio me hace dejar la pluma.

»Todo cuanto tiene de penoso y amargo mi situación, se convertiría en felicidad si estuviese segura de morir dentro de algunos meses.

»Aun cuando tuviese la seguridad de hallarme con el valor suficiente para poner el único término posible a mis sufrimientos, no lo emplearía: sería ir contra mi objeto dar una idea completa de mis penas, y dejar una herida demasiado dolorosa en el alma que he juzgado digna de consolarme en mis males.

»Yo me esfuerzo, llorando, en tomar un partido tan riguroso como indispensable. Carlota Corday dice que *no hay sacrificio que proporcione más placer que aquel cuya decisión ha costado más trabajo*; pero ella iba a morir, y yo puedo vivir todavía mucho tiempo. ¿Qué será de mí? ¿Dónde me ocultaré? ¿Qué tumba deberé elegir? ¿Cómo escudarme contra la esperanza de entrar en ella? ¿Qué poder podrá tapiar la puerta de esa esperanza?

»Abandonarme a ese silencio, dejarme olvidar, enterrarme para siempre: esos

son los deberes que me he impuesto y que espero tener el valor de cumplir. Si el cáliz es demasiado amargo, olvidada una vez, no habrá nada que me obligue a apurarlo, y tal vez mi vida no será tan larga como temo.

»Si hubiese determinado el lugar de mi retiro, creo que estaría más tranquila, pero la dificultad del momento se une a las que emanan de mi debilidad, y es necesario un pulso sobrenatural para obrar una contra sí misma con resolución; para tratarse con tanto rigor como pudiera hacerlo un enemigo violento y cruel.»

Roma, 28 de octubre.

«Diez meses hace que no he dejado de sufrir un solo momento; hace seis que tengo todos los síntomas de la enfermedad del pecho, algunos del último grado; ¡no me faltan más que las ilusiones, y aun éstas puede que no del todo!»

El señor Joubert, asustado del deseo de morir que atormentaba a la señora de Beaumont, la dirigía estas palabras en sus *Pensamientos*: «Ame y respete la vida, ya que no por ella, al menos por sus amigos: sea cual fuere el estado en que se encuentre la de usted, siempre desearía más verla ocupada en retejerla que en deshilarla.»

Mi hermana Lucila escribía por entonces a la señora de Beaumont. Tengo en mi poder esta correspondencia que me ha devuelto la muerte. Esas páginas de dos mujeres de una superior inteligencia, que desaparecieron de la tierra a poca distancia una de otra, no se presentan una sola vez a mi vista sin que dejen de afligirme amargamente.

Lascardais, 30 de julio.

«He tenido tal placer, señora, al recibir, por fin, una carta de usted, que no he querido tomarme el tiempo suficiente para leerla de una vez: he interrumpido su lectura para comunicar a todos los habitantes de esta casa que acababa de recibir noticias tuyas, sin pensar que mi alegría no les habría de importar nada, y que ni aun sabían que estuviese en correspondencia con usted. Viéndome rodeada de semblantes indiferentes, volví a subir a mi cuarto, tomando la determinación de estar alegre a solas. Me puse a acabar de leer su carta de usted, y, aunque la he vuelto a leer muchas veces, si he de decirle la verdad, no estoy aún enterada de todo

lo que contiene. La dicha que experimento siempre que veo esta carta tan deseada, perjudica la atención que debería dedicarle.

»¿Conque al fin se decide usted a marchar? No vaya, volviendo a Mont-Dore, a olvidarse de su salud; cuídela, sobre todo, se lo suplico con toda la ternura de mi corazón. Mi hermano me dice que espera verla a usted en Italia. El destino, lo mismo que la naturaleza, se complace en diferenciarle de mí de una manera bien favorable. A lo menos no me aventaja en la felicidad de amarle a usted; la partiré con él toda mi vida. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán oprimido tengo el corazón y qué triste estoy! ¡No sabe usted cuánto bien me producen sus cartas, y cuánto desprecio me inspiran hacia mis sufrimientos! La idea de que se ocupa usted de mí, de que la interese, me da un valor increíble. Escríbame, señora, para que yo pueda conservar una idea que me es tan necesaria.

»No he visto aún al señor Chénédollé; espero su llegada; podré hablarle de usted y del señor Joubert, lo que me causará sumo placer. Permítame, señora, que le recomiende nuevamente su salud, cuyo mal estado me aflige y me ocupa continuamente. ¿Cómo es que no se ama usted misma? ¡Es usted tan digna del amor de todos!... Es necesario que haga la justicia de ocuparse más de usted.

»LUCILA.»

2 de septiembre.

«Lo que me dice usted, señora, con respecto a su salud, me inquieta y me aflige; no obstante, me tranquilizo pensando en su juventud, y que aunque sea delicada, se encuentra usted, sin embargo, llena de vida.

»Me desespera el que esté usted en un país que no es de su agrado. Desearía verla rodeada de objetos propios para distraerse y animarse. Confío que, con la vuelta de su salud, se reconciliará usted con la Auvernia: no hay en ella lugar que no pueda ofrecer encantos a sus ojos. Por ahora habito en Rennes, y me encuentro bastante bien en mi aislamiento. Cambio muy a menudo de habitación, como ya habrá usted visto. Creo, señora, haberle hablado ya de mis penas y de mi agitación. Ahora estoy bien, y disfruto de una paz interna que no hay poder humano que me pueda quitar. Aunque he llegado a la edad que tengo,

y aunque por las circunstancias o por mi inclinación he tenido siempre una vida solitaria, yo no conocía el mundo: por fin he adquirido este triste conocimiento. Me he preguntado a mí misma qué es lo que había de temible en ese mundo y en qué consistía su valor; ese mundo que, tanto en el dolor como en la felicidad, no puede ser sino objeto de compasión. ¿No es cierto, señora, que el juicio del hombre es tan limitado como el resto de su ser, tan móvil y de una incredulidad igual a su ignorancia? Todas estas razones, buenas o malas, me han hecho arrojar la investidura con que me había ataviado, y me he encontrado henchida de sinceridad y de valor; nada me inquieta ya. Trabajo con todas mis fuerzas en apoderarme de mi vida y en colocarla enteramente bajo mi dependencia.

»Puede usted creer, además, que no soy completamente digna de lástima, puesto que mi hermano, que es la mejor parte de mí misma, está en buena posición, y me quedan ojos para admirar las maravillas de la naturaleza. Dios por apoyo, y por asilo un corazón lleno de paz y de dulces recuerdos. Si tiene usted la bondad de continuar escribiéndome, aumentará el número de mis goces.»

El misterio del estilo, la revelación de una naturaleza dolorosamente privilegiada, la ingenuidad de una mujer a quien se creería en la primera juventud, y la humilde sencillez de un genio desconocido, respiran en todas estas cartas, de las que sólo cito algunas. ¿Escribiría, por ventura, la señora de Sevigné a la señora de Grignan con un cariño más afectuoso que la señora de Caud a la señora de Beaumont? *La ternura de la una podía muy bien colocarse al lado de la de la otra*. Mi hermana quería a mi amiga con toda la pasión de la tumba, porque conocía que iba a morir. Lucila casi siempre vivió cerca de Rochers; pero era la hija de su siglo y la Sevigné de su soledad.

Paris, 1837.

LLEGADA DE LA SEÑORA DE BEAUMONT A ROMA. — CARTAS DE MI HERMANA. — CARTA DE LA SEÑORA DE KRÜDENER. — MUERTE DE LA SEÑORA DE BEAUMONT. — FUNERALES.

Una carta del señor Ballanche, fechada el 30 de fructidor, me anunciaba la lle-

gada de la señora Beaumont desde Mont-Dore a Lyon, dirigiéndose a Italia. La señora de Beaumont llegó a Milán, encontrando allí al señor Bertin, que había ido a ciertos negocios: tuvo la bondad de encargarse de la pobre viajera y la condujo a Florencia, donde yo fui a esperarla. Me quedé horrorizado al verla; no tenía fuerzas más que para sonreír. Después de algunos días de descanso, nos pusimos en marcha para Roma, andando al paso para evitar las dificultades del camino.

Puede bien adivinarse lo que yo sufría; he cerrado los ojos a varios amigos moribundos, pero estaban mudos, y un resto de inexplicable esperanza venía a hacer más punzante mi dolor.

En Terni, la señora de Beaumont manifestó deseos de ir a ver la cascada: hizo un esfuerzo para apoyarse en mi brazo y se volvió a sentar, diciendo: «¡Es preciso dejar que las aguas se precipiten!» Había tomado para ella en Roma una casa solitaria, cerca de la plaza de España, bajo el monte Pincio; la casa tenía un pequeño jardín con naranjos, y un patio plantado con una higuera. Allí dejé a la moribunda. Me costó mucho trabajo proporcionarle esta habitación, porque hay en Roma una preocupación contra las enfermedades del pecho, consideradas como contagiosas.

En aquella época del renacimiento del orden social se buscaba lo que había pertenecido a la vieja monarquía: el papa envió a pedir noticias de la hija de Montmorin; el cardenal Consalvi y los miembros del sacro colegio imitaron a Su Santidad; el mismo cardenal Fesch dió, hasta en los últimos instantes de la señora de Beaumont, pruebas de deferencia y de respeto de que seguramente no le hubiera creído capaz, y que me hicieron olvidar los insubstanciales disturbios de mis primeros tiempos de mi estancia en Roma. Había escrito al señor Joubert, participándole las inquietudes que me atormentaban antes de la llegada de la señora de Beaumont: «Nuestra amiga nos escribe desde Mont-Dore—le decía—cartas que me desgarran el alma: dice en ellas que *conoce que no hay ya aceite en la lámpara*; habla de *los últimos latidos de su corazón*. ¿Por qué la han dejado sola en ese viaje? ¿Qué será de nosotros si la perdemos? No conocemos el precio de nuestros amigos sino cuando estamos a punto de perderlos. Somos lo suficientemente locos, cuando to-

do va bien, para creer que podemos alejarnos de ellos impunemente: el cielo nos castiga; nos los quita, y nos deja asustados de la soledad en que quedamos. Perdóneme usted, mi querido Joubert: siento hoy latir en mi pecho un corazón de veinte años; esta Italia me rejuvenece; amo todo lo que me es caro con la misma violencia que en mis mocedades. El dolor es mi elemento, y no me reconozco sino cuando soy desgraciado. Mis amigos actuales son de un género tan especial, que la sola idea de que puedo perderlos me hiela la sangre. Dispénsame mis lamentaciones; creo que es usted tan desgraciado como yo. Escribame, escriba también a esa desgraciada de Bretaña.»

La señora de Beaumont se encontró algo mejor en los primeros días. Hasta ella empezó a creer en la posibilidad de vivir. El 4 de octubre Lucila me escribió desde Rennes:

«Había empezado días atrás una carta para ti; la he buscado inútilmente. Te hablaba de la señora de Beaumont, y me quejaba de tu silencio para conmigo. Amigo mío, ¡qué vida paso tan triste y tan singular desde hace algunos meses! Aquellas palabras del profeta resuenan sin cesar en mis oídos: *El Señor os coronará de males, y os arrojará como una pelota*. Pero dejemos a un lado mis penas, y hablemos de tus temores. No me puedo persuadir de que sean fundados; veo siempre a la señora de Beaumont llena de vida y de juventud, y casi imaterial: mi corazón no puede abrigar ningún presagio funesto. El cielo, que conoce nuestros sentimientos hacia ella, nos la conservará, no lo dudo. Confío que no la perderemos, y tengo en mi interior esa seguridad. Me complace en pensar que cuando recibas esta carta tus temores se habrán disipado. Asegúrala de mi parte el sincero y tierno interés que tengo por ella; de que su porvenir es para mí una de las cosas más importantes de este mundo. Cumple tu promesa, y no dejes de darme noticias tuyas siempre que puedas. ¡Dios mío! ¡Qué largo va a ser el tiempo que pasará antes de que pueda recibir contestación a esta carta! ¡Qué cruel es la distancia! ¿De qué procede el que me hables de tu vuelta a Francia? Seguramente quieres halagar mi cariño, y te engañas. En medio de todas mis tristezas se eleva del fondo de mi alma un dulce pensamiento, el de tu amistad; el de que estoy presente en tu

memoria tal como a Dios le plugo formarme. Amigo mío, no hay para mí en toda la tierra otro asilo más seguro que tu corazón; en cualquiera otra parte soy una persona extraña y desconocida. ¡Adiós, pobre hermano mío! ¿Nos volveremos a ver? Esta idea se presenta a mi imaginación de una manera bien confusa. Si me vuelves a ver, te pareceré enteramente una loca. ¡Adiós, tú, a quien tanto debo! ¡Adiós, felicidad purísima! Recuerdos de mis días risueños, ¿no podríais iluminar un poco mis presentes y tristes horas?

«No soy yo una de esas personas que agotan todo su dolor en el momento de la separación; cada hora que pasa aumenta el dolor de tu ausencia, y si cien años estuvieras en Roma, no se debilitaría por eso. Para hacerme ilusiones sobre tu ausencia no transcurre un solo día en que no lea algunas páginas de tu obra y haga todos los esfuerzos imaginables para creer que estoy escuchándote. La amistad que te profeso es muy natural: desde nuestra infancia has sido siempre mi defensa y mi amigo; nunca me has hecho derramar ni una sola lágrima, y jamás has tenido un amigo que no lo haya sido mío. Querido hermano, el cielo, que se complace en privarme de todas las felicidades, trata sin duda de que la encuentre sólo en ti, que me confíe a tu corazón. Dame cuanto antes noticias de la señora de Beaumont. Envíame las cartas a casa de la señorita Lamotte, aunque no sé el tiempo que permaneceré en ella. Desde nuestra última separación estoy siempre, con respecto a mi morada, como la arena movediza que se escapa bajo los pies: es cierto que seré un ser incomprendible para quien no me conozca; sin embargo, sólo varío de forma, quedando siempre el mismo fondo.»

El canto del cisne que se preparaba a morir fué transmitido por mí al cisne moribundo: ¡yo era el eco de estos inefables y postreros conciertos!

Una carta muy distinta de ésta, pero escrita por otra mujer cuya misión ha sido extraordinaria, por la señora de Krüdener, demuestra el imperio que la señora de Beaumont, sin tener ningunas ventajas de belleza, de fama, riqueza, ni poder, ejercía sobre los espíritus.

París, 24 de noviembre 1803.

«Anteayer supe por el señor Michaud, que ha regresado de Lyon, que la señora

de Beaumont estaba en Roma, y que se encontraba bastante enferma: esto es lo que me ha dicho. Me he afligido profundamente; mis nervios se han resentido, y no hago más que pensar en esa mujer encantadora a la que tanto amé aun antes de conocerla. ¡Cuántas veces he ansiado que pueda atravesar felizmente los Alpes y encontrar bajo el cielo de Italia las dulces y profundas emociones que yo misma he experimentado! Perdóneme si he estado tan distraída que no le haya aún hablado de usted, mi querido Chateaubriand; debe ya conocer mi verdadero afecto hacia usted, y demostrándole el vivo interés que me inspira la señora de Beaumont, tengo la seguridad de darle una prueba de él, mejor que ocupándome de usted mismo. Esperaba que la señora de Beaumont gozaría del privilegio que había recibido para ser más dichosa; confiaba que hallase un poco de salud con el sol de Italia y la felicidad de la presencia de usted. ¡Ah! Tranquílíceme, escribame; dígame que la aprecio sinceramente, que hago votos por su felicidad. ¿Ha recibido mi respuesta a la carta que me escribió desde Clermont? Dirija usted la contestación a Michaud; no le exijo más que unas cuantas palabras, porque conozco lo sensible que es usted y cuánto debe sufrir. Creía que seguiría mejor, y no la he escrito. Estaba abrumada de negocios, pero pensaba siempre en la felicidad que experimentaría al volverle a ver. Dígame algo de su salud; crea en mi amistad, en el interés que siempre me ha inspirado, y no me olvide.

»B. KRÜDENER.»

La mejoría que los aires de Roma habían hecho experimentar a la señora de Beaumont, fué breve; las señales de una destrucción inmediata desaparecieron, es verdad; pero parece que el último instante se detiene siempre para engañarnos. Había ensayado dos o tres veces un paseo en carruaje con la enferma; me esforzaba en proporcionarle distracciones, haciéndole notar los campos y el cielo; pero nada le agradaba ya. Un día la conduje al Coliseo; era uno de esos días de octubre, tales como se ven en Roma. Consiguió bajar, yendo después a sentarse sobre una piedra, frente a uno de los altares colocados en rededor del edificio. Alzó la vista, paseándola lentamente por aquellos pórticos, muertos también hacía

tantos años, y que tantas cosas habían visto sucumbir; las ruinas estaban adornadas de espinos y pajarillos azafrañados por el otoño y llenos de luz. La mujer expirante bajó sus miradas, que huían del sol, hasta la arena; las detuvo sobre la cruz del altar, y me dijo: «Vámonos, tengo frío.» La conduje a su casa, y se acostó para no levantarse más.

Me había relacionado con el conde de la Lucerne, a quien enviaba desde Roma todos los correos el boletín de la salud de su cuñada. Cuando había estado encargado por Luis XVI de una misión diplomática en Londres, llevó consigo a su hermano; Andrés Chénier formó parte también de esta embajada.

Los médicos a quienes había reunido nuevamente, después del ensayo de paseo, me declararon que sólo un milagro podía salvar a la enferma. Tenía fija su mente en la idea de que no pasaría del 2 de noviembre, día de los difuntos; luego recordó que uno de sus parientes había muerto el 4 del mismo mes. Yo le decía que su miedo era infundado; que pronto reconocería la falsedad de sus pronósticos, y me replicaba para consolarme: «¡Oh, sí; iré más lejos!» Notó algunas lágrimas que yo procuraba ocultarle; me tendió su mano, y me dijo: «Es usted un niño; pues qué, ¿no esperaba esto?»

El día antes de su muerte, el jueves 3 de noviembre, me pareció más tranquila. Me habló de arreglar su fortuna, y me dijo, hablando de su testamento: «Que todo había terminado para ella; pero que todo le quedaba por hacer, y que habría deseado tener sólo dos horas para ocuparse en ello.» Por la noche, el médico me dijo que se creía obligado a manifestar a la enferma que era ya tiempo de pensar en su conciencia; tuve un momento de flaqueza; el temor de abreviar por el aparato de la muerte los cortos instantes que la señora de Beaumont debía vivir, me causó profundo desaliento. Me enfurecí contra el facultativo, y después le supliqué esperase hasta el día siguiente.

Aquella noche fué fatal para mí, con el secreto que guardaba mi corazón. La enferma no me permitió pasarla en su cuarto. Permanecí fuera, temblando a cada ruido que oía; cuando entreabrían la puerta, distinguía sólo la débil claridad de la lamparilla que se apagaba.

El viernes 4 de noviembre entré, seguido del médico. La señora de Beaumont conoció mi turbación, y me pre-

guntó: «¿Por qué está usted de esa manera? He pasado buena noche.» El médico afectó entonces que tenía que hablarme de cosas importantes en la sala inmediata. Salí, y al volver, no sabía lo que me pasaba. La señora de Beaumont me preguntó qué era lo que el médico quería, y entonces me arrojé llorando sobre su lecho. Un momento estuvo sin hablar, me miró, y con voz firme, como si hubiese querido prestarme fuerzas, me dijo: «No crea que fuese tan pronto: vamos, es preciso despedirnos. Llame usted al abate Bonnevie.»

El abate Bonnevie, autorizado en regla, se dirigió a casa de la señora de Beaumont. La enferma confesó que en su corazón siempre había abrigado vivos sentimientos religiosos; pero que las terribles desgracias que la habían afligido durante la revolución la hicieron dudar alguna vez de la justicia divina; que estaba pronta a reconocer sus errores y a recomendarse a la misericordia divina; esperando que los males que había sufrido en este mundo abreviarían su expiación en el otro. Me hizo señas de que me retirase, y permaneció sola con su confesor.

Este salió una hora después, enjugando sus ojos y diciendo que jamás había oído un lenguaje más bello, ni visto un heroísmo semejante. Enviaron a buscar a un sacerdote para administrarle los sacramentos. Volví al lado de su lecho. Al verme, me preguntó: «Y bien, ¿está usted contento de mí?» Se enterneció hablando de lo que llamaba *mis bondades* hacia ella. ¡Ah! si en aquel momento hubiese podido comprar uno solo de sus días con el sacrificio de todos los míos, ¡con qué alegría lo hubiera hecho! Los demás amigos de la señora de Beaumont, que no asistían a este espectáculo, no tenían al menos que llorar más que una vez. De pie, a la cabecera de su lecho de dolor, donde el hombre oye sonar su hora suprema, cada sonrisa de la enferma me devolvía la vida y me la robaba al disiparse. Una idea deplorable me agitaba; adiviné que la señora de Beaumont no se había apercebido hasta su postrer suspiro del amor que la profesaba: no cesaba de manifestar su sorpresa, y parecía morir desesperada y gozosa al mismo tiempo. Había creído ser una carga para mí, y había deseado desaparecer para librarme de su presencia.

El sacerdote llegó a las once: el cuarto se llenó de esa multitud de curiosos y

de indiferentes que siguen a todo sacerdote en Roma. La enferma vió aquella formidable solemnidad sin la menor señal de espanto. Nosotros nos arrodillamos, y la señora de Beaumont recibió a la vez la sagrada hostia y la Extremaunción. Cuando todos se retiraron, me hizo sentar al borde de su lecho, y me habló durante media hora de mis negocios y de mis proyectos con la mayor elevación de ideas y la amistad más tierna; me recomendó, sobre todo, que viviese al lado de la señora de Chateaubriand y del señor Joubert; pero, ¿éste debía vivir?

Me rogó luego abriese el balcón, porque se sentía oprimida. Un rayo de sol fué a alumbrar su lecho, y pareció alegrarla. Me recordó entonces sus proyectos de retiro al campo, de que algunas veces nos habíamos ocupado, y rompió el llanto.

De dos a tres de la tarde la señora de Beaumont pidió que la mudase de cama a la Saint-Germain, antigua doncella española que la servía con un cariño digno de tan excelente señora: el médico se opuso, temiendo que la enferma muriese durante esta traslación. Entonces me dijo que sentía aproximarse la agonía. De súbito despidió la ropa, me tendió una mano, apretó la mía convulsivamente, y sus miradas se perdieron en el espacio. Con la mano que le quedaba libre hacía señales a uno que se figuraba ver al pie de su lecho: después, ponía aquella mano sobre su corazón, diciendo: «¡Aquí es! Consternado, la pregunté si me reconocía; el bosquejo de una sonrisa se dibujó en sus labios, en medio de su agonía; me hizo una leve señal afirmativa con la cabeza: su palabra había ya huído de este mundo. Las convulsiones sólo duraron algunos minutos. Nosotros la sosteníamos en nuestros brazos: mi mano se hallaba apoyada sobre su corazón, que tocaba a sus ligeros huesos; palpataba con rapidez, como un reloj que gasta su cuerda rota. ¡Yo lo sentí pararse! Inclínamos sobre su almohada el cuerpo de la mujer cuya alma había ya volado. Algunos bucles de su destrenzada cabellera caían sobre su frente; sus ojos estaban ya cerrados; la eterna noche había descendido hasta ellos. El médico presentó un espejo y una luz a la boca de la extranjera: el espejo no se empañó con el soplo de la vida, y la luz permaneció inmóvil. Todo había terminado.

Por regla general, los que lloran pue-

den gozar en paz de sus lágrimas; otros se encargan de atender a los cuidados postreros de la religión: yo, como representante de Francia, ausente el cardenal ministro, como único amigo de la hija del señor de Montmorin, y responsable ante su familia, me vi obligado a dirigirlo todo: tuve que designar el lugar de la sepultura, ocuparme de la profundidad y de la longitud de la huesa, entregar la mortaja y dar a los operarios las dimensiones del ataúd.

Dos religiosos velaron al lado de aquel féretro que debía ser conducido al templo de San Luis de los Franceses. Uno de ellos era de Auvernia, y había nacido en el mismo Montmorin. La señora de Beaumont había deseado que la envolviesen en una tela que su hermano Augusto, único que se había librado del cadalso, le había enviado a la Isla de Francia. Esta tela no se encontraba en Roma, y sólo se halló un pedazo que ella llevaba siempre consigo. La doncella ciñó a su cuerpo esta tela, y metió en el féretro una cornalina que contenía pelo del señor de Montmorin. Los eclesiásticos franceses estaban convocados; la princesa Borghèse prestó el carro fúnebre de su familia; el cardenal Fesch dió orden de enviar sus carruajes y criados. El sábado 5 de noviembre, a las siete de la tarde, a la luz de las antorchas, y en medio de una enorme multitud, pasó la señora de Beaumont por el camino por donde todos pasamos. El día siguiente, 6, se celebró la misa de *Requiem*. Los funerales hubieran sido menos franceses en París de lo que fueron en Roma. Aquella arquitectura religiosa, que ostenta en sus adornos las armas y las inscripciones de nuestra antigua patria, aquellos sepulcros donde están grabados los nombres de algunas de las razas más históricas en nuestros anales; aquel templo, bajo la protección de un gran santo, de un gran rey y de un gran hombre; todo esto no consolaba, pero honraba la desgracia. Deseaba que el último vástago de una familia tan poderosa antes, tuviese al menos algún apoyo en mi obscura adhesión, y que no le faltara la amistad, ya que le faltaba la fortuna.

El pueblo romano, acostumbrado al trato de los extranjeros, le sirve de hermano. La señora de Beaumont ha dejado sobre aquella tierra hospitalaria para los muertos una piadosa memoria; aun se la recuerda: he visto a León XII orando sobre su tumba. En 1827 visita-

ba el monumento de la que fué el alma de una sociedad destruida: el ruido de mis pasos en rededor de aquel mudo monumento en una iglesia desierta, era para mí una especie de consejo. «Te amaré siempre — dice el epitafio griego—; pero tú, en la mansión de la muerte, no bebas, te lo ruego, en esa copa, que te haría olvidar a tus antiguos amigos.»

París, 1838.

AÑOS DE MI VIDA 1803 Y 1804. — CARTAS DEL SEÑOR CHÈNEDOLLÉ, DEL SEÑOR DE FONTANES, DEL SEÑOR NECKER Y DE MADAMA DE STAEL.—PRIMERA IDEA DE MIS MEMORIAS. — SOY NOMBRADO MINISTRO DE FRANCIA EN EL VALAIS. — SALIDA DE ROMA.

Si se elevasen a la altura de los acontecimientos públicos las calamidades de una vida privada, éstas apenas ocuparían una palabra en mis *Memorias*. ¿Quién no ha perdido un amigo? ¿Quién no lo ha visto morir? ¿Quién no podrá pintar una escena igual de duelo? La reflexión es justa; pero, sin embargo, nadie se ha corregido dejando de contar sus propias aventuras: sobre el buque que los lleva, los marinos hablan entre sí de la familia que dejaron en tierra. Cada hombre guarda dentro de sí un mundo aparte, extraño a las leyes y al destino general de los siglos. Es, además, un error suponer que las revoluciones, los sucesos famosos, las grandes catástrofes sean los únicos fastos de nuestra naturaleza: todos laboramos, uno tras otro, en esa cadena de la historia común, y de todas esas existencias individuales se compone a los ojos de Dios el universo humano.

Reuniendo la expresión de los diversos sentimientos que produjo la muerte de la señora de Beaumont, no hago más que colocar sobre su sepulcro las coronas a ella destinadas.

«No ignora usted, sin duda, mi querido y desgraciado amigo, la parte que tomo en su aflicción. Mi dolor no es tan grande como el de usted, porque esto es imposible; pero me aflige profundamente esta pérdida, que viene a obscurecer más esta vida, que es, desde hace tiempo, un sufrimiento para mí. Así pasa y se borra de la faz de la tierra todo lo que hay en ella de bueno, de amable y de sensible. ¡Pobre amigo mío, apresúrese

a regresar a Francia; venga a buscar algunos consuelos cerca de sus antiguos amigos! Sabe usted cuánto le aprecio; venga.

»Estaba muy inquieto con respecto a usted: hacía más de tres meses que no tenía noticias de usted, y tres cartas más han quedado sin contestación. ¿Las ha recibido usted? La señora de Caud hace dos meses que ha dejado de escribirme. Esto me ha causado profunda pena, y, sin embargo, creo que de nada tengo que acusarme respecto a ella. Empero, por más que haga, no conseguiré arrancar de mí la tierna y respetuosa amistad que le he consagrado toda mi vida. Fontanes y Joubert han dejado también de escribirme: así, todo cuanto yo amaba parece haberse reunido para olvidarme a un tiempo. ¡No me olvide usted, amigo mío, y que en este valle de lágrimas me quede un corazón con el que al menos pueda contar! ¡Adiós! Le abrazo llorando. Está usted seguro, mi buen amigo, de que siento su pérdida como debe sentirse.

»CHÈNEDOLLÉ.»

«Participo de su pesar, mi querido amigo: siento lo doloroso de su situación. ¡Morir tan joven, y después de haber sobrevivido a toda su familia! Pero al menos esa interesante e infeliz mujer no habrá carecido de los auxilios y de los recuerdos de la amistad. Leí al señor de La Luzerne la tierna relación que le estaba destinada. El anciano Saint-Germain, criado de su amiga de usted, fué quien le llevó la noticia. Este buen servidor me ha hecho llorar hablándome de su señora. Le he dicho que tenía un legado de diez mil francos; pero, ni un solo instante se ha ocupado en ello. Si fuese posible hablar de negocios en tan lúgubres circunstancias le diría a usted que era bien natural darle al menos el usufructo de unos bienes que habrían de pasar a colaterales lejanos y casi desconocidos. Apruebo la conducta de usted: conozco su delicadeza; pero yo no debo tener hacia mi amigo el mismo desinterés que él abriga para sí. Confieso que este olvido me sorprende y me aflige. Sobre su lecho de muerte, la señora de Beaumont le ha hablado con la elocuencia del postrer adiós, del porvenir y su suerte futura. Su voz debe tener para usted más fuerza que la mía. Pero, ¿le aconsejó que renunciara usted a ocho o diez mil francos de sueldo, cuando la ca-

rrera de usted se ve desembarazada de las primeras espinas? ¿Podría usted precipitarse, amigo mío, a dar un paso tan importante?

»No dudará usted del gran placer que tendré en verle: si sólo consultase mi propia felicidad, le diría: «Venga al instante.» Pero los intereses de usted me son tan caros como los míos, y no veo recursos bastante inmediatos para resarcirle de las ventajas que voluntariamente pierde. Sé que su talento, su nombre y el trabajo no le dejarán nunca a merced de las necesidades más perentorias; pero veo en todo ello más gloria que fortuna. Su educación y sus hábitos exigen ciertos gastos. La fama no basta para las necesidades de la vida, y esa miserable ciencia de los garbanzos marcha a la cabeza de todas las demás cuando uno quiere vivir independientemente y tranquilo. Conffo en que nada podrá decidirle a buscar la fortuna en suelo extranjero. ¡Ah, amigo mío! tenga la seguridad de que, después de las primeras caricias, valen aún menos que los compatriotas. Si su amiga moribunda le ha hecho todas estas reflexiones, sus últimos momentos habrán sido un tanto agitados; pero espero que a los pies de su tumba hallará usted lecciones y luces superiores a las que los amigos que le quedan pudieran comunicarle. Esa buena mujer le amaba a usted; ella le aconsejará bien. Su memoria y el corazón de usted le guiarán con seguridad; estaré tranquilo, si les presta usted oídos. Adiós, mi querido amigo: le abrazo tiernamente.

»FONTANES.»

27 de noviembre, 1803.

El señor Necker me escribió la única carta que he recibido de él. Yo fui testigo de la alegría de la corte cuando la separación de este ministro, cuyas honradas opiniones contribuyeron al derrumbamiento de la monarquía. Había sido colega del señor de Montmorin. El señor Necker iba a morir muy pronto en el lugar donde fechaba su carta: no teniendo entonces a su lado a madama de Staël, encontró algunas lágrimas para la amiga de su hija.

«Caballero: mi hija, al ponerse en camino para Alemania, me ha encargado que le abriese las cartas que pudieran dirigírsele, con objeto de juzgar si valían la pena de enviárselas por el correo: este

es el motivo de haber sabido antes que ella la muerte de la señora de Beaumont. Su carta de usted ha sido enviada a Francfort, de donde se la remitirán más lejos, tal vez a Weimar o Berlín. No le extrañe si no recibe la respuesta de madama de Staël tan pronto como tiene usted derecho a esperar. Está usted bien seguro del dolor que experimentará mi hija, al saber la pérdida de una amiga, de la que siempre le oí hablar con el mayor cariño. Me asocio a su pena, y me cabe un particular sentimiento cuando pienso en la desgraciada suerte de toda la familia de mi amigo el señor de Montmorin.

»Según veo, está usted en vísperas de abandonar Roma para regresar a Francia: deseo que emprenda su camino por Ginebra, donde irá a pasar el invierno. Tendría un vivo placer en hacerle los honores de una ciudad en la que le ha precedido su reputación. Pero, ¿dónde no es usted ya conocido? Su última obra, radiante de incomparables bellezas, está en manos de cuantos aman las letras.

»Tengo el honor de ofrecerle la seguridad y el homenaje de mis sentimientos más distinguidos.

»NECKER.»

Coppet, 27 de noviembre 1803.

«¡Ah, Dios mío! *my dear Francis*; ¡qué profundo dolor me ha causado su carta! Ayer leí en los periódicos esa espantosa nueva, y su relación desgarradora viene a grabarla para siempre con letras de sangre en mi corazón. ¿Puede hablarme de opiniones diversas sobre la religión y sobre sus ministros? ¿Por ventura hay dos opiniones cuando el sentimiento es uno? No he leído su carta sino regándola con mis lágrimas. Mi querido Francisco, recuerde el tiempo cuando me profesaba una amistad más viva; no olvide aquel en que todo mi corazón era de usted, y piense que estos sentimientos, más tiernos, más profundos que nunca, están vivos para usted en el fondo de mi corazón. Amaba, admiraba el carácter de la señora de Beaumont; no conocía otro más generoso, más agradecido, más apasionadamente sensible. Desde que aparecí en el mundo, no habían cesado mis relaciones con ella, y conocía que, no obstante algunas diferencias, me era simpática en extremo. Mi querido Francisco, déme un lugar en la vida de usted. Le admiro, le amo, amaba a la que echa usted de menos. Soy una amiga apasio-

nada; seré para usted una hermana. Más que nunca debo respetar sus opiniones; Mathieu, que participa de ellas, ha sido un ángel para mí en la última desdicha que acabo de sufrir. Haga usted que le sea útil o agradable de algún modo. ¿Le han escrito que había sido desterrada a cuarenta leguas de París? He aprovechado esta ocasión para visitar Alemania; pero en la primavera habré regresado a París, si ha terminado mi destierro, o a Ginebra. Vea usted la manera de que nos reunamos. ¿No siente usted que mi espíritu y mi alma entienden la suya, y que, a través de las diferencias de carácter, nuestras almas están ligadas? El señor de Humboldt me ha escrito hace algunos días una carta, en que me hablaba de la obra de usted con una admiración que le debe lisonjear tratándose de un hombre de su mérito y de su opinión. Pero, ¿a qué hablar de sus triunfos en semejante momento! Sin embargo, esos triunfos constituían el amor y la gloria de ella! Continúe haciendo ilustre al que tanto amó. Adiós, mi querido Francisco. Le escribiré desde Weimar en Sajonia. Contésteme con sobre a los señores Desport, banqueros. ¡Cuántas frases desgarradoras hay en su carta! Y la resolución de conservar a la pobre Saint-Germain; llévela a mi casa.

»¡Adiós tiernamente; dolorosamente adiós!

»N. DE STAEL.»

Francfort, 3 de diciembre 1803.

Esta carta, afectuosamente rápida, agitada, escrita por una dama ilustre, me enterneció nuevamente. ¡La señora de Beaumont habría sido muy dichosa en aquel momento si el cielo la hubiera permitido renacer! Pero nuestro cariño, que llega hasta los muertos, no tiene el poder de desatar sus ligaduras: cuando Lázaro se levantó del sepulcro, tenía los pies y las manos atadas con bandas y cubierto el rostro con un sudario: pero la amistad no puede decir como Cristo a Marta y a María: «Desatadlas y dejadlas marchar.»

Ellos también, mis consoladores, murieron, y hoy me piden para sí los pesames que daban a otros.

Estaba decidido a abandonar la carrera diplomática, en que tantos disgustos personales se habían mezclado con la insubstancialidad de mis ocupaciones y con los mezquinos asuntos políticos.

Entre tanto que yo tomaba mis dis-

posiciones, prolongadas por la distancia a que me encontraba de Francia, hallábame abandonado sobre las ruinas de Roma. En mi primer paseo todo lo hallaba cambiado; no reconocía los árboles, ni los monumentos, ni el cielo; me extrañaba en medio de los campos, a lo largo de las cascadas de los acueductos, como años atrás bajo las verdes bóvedas de los bosques del Nuevo Mundo. Entraba de nuevo en la ciudad eterna, que entonces unía a tantas existencias pasadas una existencia destruída.

A fuerza de recorrer las soledades del Tíber, grabáronse tan profundamente en mi memoria, que las reproducía con bastante exactitud en mi carta al señor de Fontanes:

«Si el extranjero es infeliz—decía—; si ha confundido las cenizas que amó con otras tantas cenizas ilustres, ¡qué placer no sentiría al pasar desde la tumba de Cecilia Metella a la de una mujer desgraciada!»

En Roma fué donde concebí por la primera vez la idea de escribir las *Memorias de mi vida*. Conservo todavía algunas líneas de ellas, de las que presento estas pocas palabras: «Después de haber andado errante sobre la tierra, pasado los mejores años de mi juventud lejos de mi país, sufriendo cuanto un hombre puede sufrir, incluso el hambre, volví a París en 1800.»

En una carta dirigida al señor Joubert, exponía mi plan del modo siguiente:

«Mi sola felicidad consiste en tener algunas horas para ocuparme en un trabajo, el único que puede endulzar mis penas; éste es las *Memorias de mi vida*. Roma estará comprendida en ellas; sólo así puedo ya hablar de Roma. Esté tranquilo; mis *Confesiones* no habrán de disgustar a mis amigos; si he de llegar algún día a figurar, ellos también ocuparán en el porvenir un lugar tan bello como respetable. No molestaré a la posteridad con los pormenores de mis debilidades; nada diré de mí sino en la parte concerniente a mi dignidad de hombre, y, me atrevo a decirlo, a la elevación de mi corazón. Al mundo no se le debe presentar sino lo que es bello; no es mentir a Dios descubrir solamente la parte de la vida que puede inspirar a nuestros semejantes sentimientos nobles y generosos. Seguramente en el fondo no tengo nada que ocultarme; no hice despedir a ninguna criada por el robo de una

sortija, ni abandoné a un amigo moribundo en medio de la calle, ni deshonré a la mujer que me amparó, ni entregué mis hijos bastardos a la Inclusa; pero he tenido debilidades, flaquezas de corazón: una ojeada de compasión sobre mí bastará para que el mundo comprenda estas miserias humanas, que necesitan estar protegidas por un velo. ¿Qué ganaría la sociedad en la reproducción de estas llagas que la afligen, y que se encuentran en todas partes? No faltan ejemplos cuando se quiere triunfar de la pobre naturaleza humana.»

En el plan que me había trazado olvidaba a mi familia, mi infancia, mi juventud, mis viajes y mi destierro, en cuya narración me he complacido después.

Me parecía a un esclavo feliz que, acostumbrado a poner su libertad en el cepo, no sabe qué hacer de ella cuando ve rotas sus cadenas. Siempre que quería entregarme a mi trabajo, un fantasma se colocaba delante de mí, y no podía separar de él mis ojos; únicamente la religión me atraía por su importancia y por las reflexiones de un orden superior que me sugería.

Sin embargo, al acariciar la idea de escribir mis *Memorias*, comprendí el valor que los antiguos daban a sus nombres; hay tal vez una tierna realidad en esta sucesión de recuerdos que pueden dejarse al porvenir. Tal vez entre los grandes hombres de la antigüedad la idea de una vida inmortal en la raza humana ocupaba el lugar de la inmortalidad del alma, que constituía para ellos un problema. Si la fama es poca cosa cuando se ciñe meramente a nosotros, es preciso convenir, sin embargo, en que es un hermoso privilegio, concedido a la amistad del genio, el dar una existencia imperecedera a todo cuanto él ama. Yo empecé un comentario de algunos libros de la Biblia, comenzando por el Génesis. Sobre este versículo: *He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; ahora no conviene que lleve su mano al fruto de la vida, que lo coja, que coma de él, y que viva eternamente*: apreciaba la imponente ironía del Creador: *He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, etc. No conviene que el hombre lleve su mano al fruto de la vida. ¿Por qué? Porque probó el fruto de la ciencia, y conoce el bien y el mal; ahora está agobiado de males; por lo tanto, no conviene que viva eternamente. ¡Qué bonda-*

doso ha sido Dios en conceder la muerte! En el mismo comentario hay oraciones comenzadas; unas para las *aflicciones del alma*, otras para *fortificarse contra la prosperidad de los malos*: trataba de reunir en un centro de reposo los pensamientos errantes fuera de mí.

Como Dios no quería concluir allí mi vida, reservándola para pruebas más duras, las tempestades que se habían levantado se calmaron. Repentinamente el cardenal embajador cambió de comportamiento conmigo: tuvimos una explicación, en la que le declaré mi resolución de retirarme. Se opuso, indicándome que mi dimisión en aquel momento parecería una caída, que había de llenar de júbilo a mis enemigos; que el primer cónsul se incomodaría, lo cual me impediría vivir tranquilo en el sitio a que quisiera retirarme. Me propuso que fuera a pasar quince días o un mes a Nápoles.

En esta misma coyuntura, Rusia me sondeaba para saber si aceptaría el puesto de ayo de un gran duque: sólo a Enrique V hubiera yo hecho, en todo caso, el sacrificio de los últimos años de mi vida.

Estando en esta situación, recibí la noticia de que el primer cónsul me había nombrado ministro plenipotenciario en el Valais. Se ve que al principio dió algún crédito a mis detractores; pero, volviendo a la razón, comprendió que yo pertenecía a la raza de hombres que no sirve más que para estar en primer término, y que no debía asociarme a nadie si quería sacar algún partido de mí. No había plaza alguna vacante; creó una, escogiéndola de conformidad con mis instintos de aislamiento e independencia; me colocó en los Alpes, y me dió una república católica en medio de un mundo de torrentes; el Ródano y nuestros ejércitos se cruzaban a mis pies; el primero descendiendo hacia la Francia; los segundos subiendo hacia Italia; el Simplón abría delante de mí su atrevido camino. Bonaparte se obligaba a concederme todas las licencias que pidiera para viajar por Italia, y la señora de Bacciochi me envió a decir por conducto de Fontanes que me estaba reservada la primera gran embajada disponible. Obtuve, pues, mi primera victoria diplomática, sin esperarla y sin desearla; verdad es que se hallaba a la cabeza del Estado un hombre de elevada inteligencia, que no quería abandonar a las intrigas oficinas a otra inteligencia que veía dispuesta a separarse del poder.

Esta observación es tanto más exacta, cuanto que el cardenal Fesch, a quien hago en las presentes *Memorias* una justicia que él no debía esperar, había enviado pliegos a París poco favorables a mi persona, casi en el mismo momento en que cambió de conducta para conmigo, después de la muerte de la señora de Beaumont. ¿Su verdadero pensamiento hallábase en sus conversaciones, cuando me daba permiso para ir a Nápoles, o en sus misivas diplomáticas? Ambas estaban en contradicción. De mí sólo hubiera dependido el poner de acuerdo consigo mismo al señor cardenal, haciendo desaparecer hasta las huellas de las comunicaciones que trataban de mí; me bastaba sacar de los legajos, cuando fui ministro de Estado, las elucubraciones del embajador, y no habría hecho más que lo que hizo el señor de Talleyrand con su correspondencia con el emperador. Mas no me creía con derecho para usar del poder en beneficio mío. Si alguna vez se registran aquellos documentos, se encontrarán en su sitio. Tal vez esta manera de obrar sea una necesidad perjudicial; pero para no hacer mérito de una virtud que no tengo, es necesario que se sepa que el haber respetado esa correspondencia de mis detractores depende más de mi desprecio que de mi generosidad. También he visto en los archivos de la embajada francesa en Berlín cartas del señor marqués de Bonnay, ofensivas a mi persona, y, en vez de hacer un misterio de ellas, las daré a conocer.

El señor cardenal Fesch no guardaba más consideraciones conmigo que con el pobre abate Guillon (obispo de Marruecos), a quien señalaban como *agente de Rusia*. De la misma manera llamaba Bonaparte al señor Lainé *agente de Inglaterra*, porque aquel gran hombre había aprendido de los informes de la policía a entretenerse en esta especie de chismes. Pero por ventura, ¿no se podía objetar nada contra el mismo señor Fesch? ¿Qué caso hacía de él su propia familia? El cardenal de Clermont-Tonnerre estaba en Roma como yo en 1803; y ¿qué de cosas no escribió sobre el tío de Napoleón? Todavía conservo las cartas. Por lo demás, ¿a quién interesan ya estas pequeñeces, sepultadas hace cuarenta años en unos legajos carcomidos? De los distintos actores que figuraron en aquella época, uno sobrevivirá, Bonaparte. Todos los demás que aspiramos a la vida

estamos ya muertos. ¿Quién lee el nombre del insecto al débil resplandor que al arrastrarse suele dejar tras sí?

Posteriormente, el cardenal Fesch me vió de embajador cerca de León XII; me dió pruebas de aprecio, y, por mi parte, procuré anticiparme a ellas tratándole con deferencia. Bien mirado, es muy natural que me hayan juzgado con la misma severidad con que yo mismo me trato. Todo esto tiene una antigüedad fabulosa: hoy ya ni quiero conocer la letra de los que en 1803 sirvieron de secretarios, oficiales u oficiosos, al cardenal Fesch.

Salí para Nápoles, y allí permanecí un año sin la señora de Beaumont. Año de ausencia al cual debían seguir tantos otros. No he vuelto a ver Nápoles desde aquella época, a pesar de que en 1828 llegué hasta sus puertas con intención de visitarle, en compañía de la señora de Chateaubriand. Los naranjos estaban cargados de fruto, y los mirtos de flores. Las bahías, los campos Elíseos y el mar tenían encantos que ya no podía yo comunicar a nadie. En los *Mártires* he descrito la bahía de Nápoles. Subí al Vesubio, y descendí hasta su cráter. En esto no hice más que plagiarle; representaba la escena del *René*. En Pompeya me mostraron un esqueleto cargado de cadenas, y varias frases latinas escritas con mala ortografía por los soldados sobre las paredes. Regresé a Roma: Canova me permitió entrar en su taller, al tiempo que trabajaba en la estatua de una ninfa. A otro lado estaban los modelos de las esculturas sepulcrales que le había encargado, y que estaban ya muy adelantadas. De allí fui a San Luis a rezar sobre unas cenizas, y el 21 de enero de 1804, día también desgraciado para mí, salí en dirección a París.

Revisado en 22 de febrero 1845.

París, 1838.

AÑO DE MI VIDA 1804. — REPÚBLICA DEL VALAIS. — VISITA AL PALACIO DE LAS TULLERÍAS. — PALACIO DE MONTMORIN. — OÍGO PREGONAR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN. — PRESENTO MI DIMISIÓN. — MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

Como no pensaba permanecer en París, me apeé en el hotel de Francia, calle de Beaune, adonde fué la señora de Chateaubriand a reunirse conmigo para di-

rigimos juntos al Valais. Mis antiguas relaciones, ya medio dispersas, habían perdido el lazo que las reunía.

Napoleón caminaba hacia el imperio; su genio se elevaba según iban creciendo los acontecimientos, y podía, como la pólvora al dilatarse, trastornar el mundo. Inmenso ya, y conociendo, sin embargo, que aun no había llegado al apogeo, se sentía atormentado por sus propias fuerzas. Marchaba a tientas, y parecía como que buscaba un camino. Cuando llegué a París, se las había con Pichegru y Moreau, a los que había consentido en admitir por rivales, llevado de una mezquina envidia. Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, este último muy superior a los dos anteriores, fueron reducidos a prisión.

Esas vulgares conspiraciones que se ven en todos los negocios de la vida no cuadraban a mi naturaleza, y con gran placer aproveché la ocasión de refugiarme en las montañas.

El consejo municipal de Sión me dirigió una carta; su sencillez me ha hecho considerarla como un importante documento; entraba yo en la política por la religión; *El Genio del Cristianismo* me abría las puertas.

«REPÚBLICA DEL VALAIS

Sión, 20 de febrero 1804.

»EL CONSEJO MUNICIPAL DE SIÓN

»Al señor de Chateaubriand, secretario de legación de la república francesa en Roma:

»Señor secretario:

»Por una carta oficial de nuestro gran baillío nos hemos enterado de su nombramiento para ocupar el puesto de ministro de Francia cerca de esta república, y nos apresuramos a manifestarle el especial placer que semejante elección nos produce. En su nombramiento de usted vemos una preciosa prenda de la benevolencia del primer cónsul para con nuestra república, y, al felicitarlo por el honor de poseerle a usted en nuestros muros, consideramos esta circunstancia como uno de los más felices agüeros para el bienestar de nuestra patria y de nuestra capital. Como débil muestra de estos sentimientos, hemos acordado que se le prepare un alojamiento provisional digno de recibirle y provisto de los muebles y los efectos adecuados a su

uso, hasta el punto que las circunstancias y la localidad lo permitan, interin puede usted mismo dictar las disposiciones convenientes.

»Dígnese aceptar esta oferta como una prueba de nuestras sinceras intenciones de honrar al gobierno francés en la persona de su enviado, cuya elección debe ser particularmente grata a un pueblo desgraciado. Le rogamos que se sirva avisarnos con anticipación de su llegada a esta ciudad.

»Reciba la seguridad de nuestra respetuosa consideración.

»El presidente del consejo municipal de Sión,

»DE RIEDMATTEN.

»Por el consejo municipal,

»El secretario, DE TORRENTÉ.»

Dos días antes del 21 de marzo me vestí para ir a despedirme de Bonaparte en las Tullerías; no le había vuelto a ver desde la entrevista de casa de Luciano. La galería en que daba audiencia estaba llena de gente; acompañado de Murat y del primer ayudante de campo se paseaba casi sin detenerse. A medida que se acercaba a mí me sorprendía la alteración de su semblante; sus mejillas estaban hundidas y lívidas, su mirada torva, su tez pálida, su aspecto sombrío y terrible. Desde aquel momento cesó la simpatía que al principio sentí hacia él; en vez de permanecer en el sitio por donde debía pasar, di unos pasos atrás para evitar su encuentro. Me miró, como queriendo reconocerme, dió algunos pasos hacia mí y después se volvió y se alejó. ¿Era yo, por ventura, a sus ojos una reconvencción? Su ayudante de campo reparó en mí, perdido entre la muchedumbre que me rodeaba; me seguía con la vista y arrastraba al cónsul hacia el sitio donde yo me encontraba. Esta maniobra continuó por espacio de un cuarto de hora; yo retirándome siempre, Napoleón siguiéndome sin saberlo. Jamás me pude explicar la causa de esto. ¿Me creía tal vez un hombre sospechoso sin conocerme? ¿Quería, conociéndome, obligar a Bonaparte a que me hablase? Sea lo que fuere, Napoleón pasó a otra habitación. Satisfecho con haber cumplido presentándome en las Tullerías, me retiré. Al notar la alegría que siempre he experimentado cuando salgo de un palacio, es evidente que no he nacido para entrar en ellos.